

UN MAESTRO DE RESPONSABILIDAD

ANTONIO LASTRA

La torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados

<https://orcid.org/0000-0002-4470-4494>

antoniolastra@latorre delvirrey.es

HARVEY C. MANSFIELD, *Where Harvard Went Wrong. Fifty Years of Commentary That Fell on Deaf Ears*, Encounter Books, Nueva York y Londres, 2026, 136 pp., ISBN 97816417750.

The Rise and Fall of Rational Control. The History of Modern Political Philosophy, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., y Londres, 2026, 323 pp., ISBN 9780674298859.

Salvo el capítulo sobre Edmund Burke añadido en 1983 a la tercera edición de la *History of Political Philosophy* editada por Joseph Cropsey (el coeditor Leo Strauss había fallecido en 1973) y traducida al español en 1993, la obra de Harvey Claflin Mansfield Jr. (New Haven, Connecticut, 1932) es prácticamente desconocida entre nosotros. Una de las razones de esta omisión es que la obra de Mansfield consiste en buena medida en traducciones de referencia al inglés de textos clásicos de la filosofía política, como *Il Principe* y los *Discorsi* de Maquiavelo (esta última traducción en colaboración con Nathan Tarcov) o *De la Démocratie en Amérique* de Alexis de Tocqueville (en colaboración con su esposa Delba Winthrop), acompañadas en todos los casos de extensos estudios preliminares, o en selecciones como la de los escritos de Thomas Jefferson o la de las cartas de Burke (cuya introducción se convirtió en el capítulo mencionado de la *History of Political Philosophy*). A la consideración burkeana del sistema de partidos políticos en Inglaterra, en contraste con el de Bolingbroke, le dedicaría Mansfield su primer libro —nacido de su disertación doctoral— en respuesta a

<https://doi.org/10.66015/ltv.2020>



una pregunta de Strauss sobre la “respetabilidad” misma de los partidos. Traductores y editores trabajan siempre en un segundo plano.

Pero Mansfield es también el autor de una obra metódica y serena sobre la “modernidad”, entendida en su último libro como “control racional”, con la mirada puesta en la democracia constitucional de los Estados Unidos, y basada fundamentalmente en el estudio de Maquiavelo, a quien ha dedicado cuatro monografías de lectura obligada para el estudioso de la ciencia política: *Machiavelli's New Modes and Orders: A Study of the Discourses on Livy* (1979-2001²), *Taming the Prince: The Ambivalence of Modern Executive Power* (1989), *Machiavelli's Virtue* (1996) y *Machiavelli's Effectual Truth: Creating the Modern World* (2023), en las que sigue muy de cerca el arte de leer a Maquiavelo que Strauss forjó en *Thoughts on Machiavelli* (1958). (El capítulo dedicado a Strauss en *Machiavelli's Effectual Truth* incluye un escurioso epígrafe sobre Maquiavelo como filósofo.) Entre los libros sobre Maquiavelo en español o traducidos al español hay muy pocos, si los hay, que estén a la altura de los de Mansfield en rigor y, especialmente, en la coherencia que guardan con el horizonte de la historia de la filosofía política, antigua y moderna. (“Filosofía política” es, por supuesto, una frase straussiana que los historiadores *tout court* han puesto metodológicamente en entredicho.) *Taming the Prince*, por ejemplo, prepara el terreno para la comprensión del “control racional” con el examen detallado de la “ambivalencia del poder ejecutivo”. Como Strauss, Mansfield se sitúa como estudioso entre la “tiranía” que necesaria pero implícitamente asume el poder ejecutivo moderno, heredero de la monarquía (y que el poder ejecutivo moderno no siempre logra, o desea, mantener oculta, aunque en esa ocultación resida, sin embargo, el secreto de su fuerza) y la responsabilidad explícita de la ciencia política, que Mansfield remite de manera paradigmática al libro III de la *Política* de Aristóteles.¹ “El científico político debe convertirse en un filósofo y en un maestro de responsabilidad”.² Mansfield fue profesor del Departamento de Gobierno de Harvard desde 1962 hasta 2023.³

Más bien hay que buscar la razón para la obliteración de la obra de Mansfield en español, y hasta cierto punto también en inglés —con la excepción del campo conservador—, en el hecho de que Mansfield, que siempre ha abogado por un gobierno

¹ Mansfield editó póstumamente en 2018, con un prefacio en el que late el *thymos* clásico, la tesis doctoral de su esposa, Delba Winthrop, *Aristotle: Democracy and Political Science* (The University of Chicago Press), presentándola como la fuente de sus enseñanzas al respecto, muy por encima, en su opinión, de las enseñanzas de los straussianos. Véase la reseña de Michele Curnis en *IIITH/FONS* 6 (2021), pp. 149-153 (<https://doi.org/10.20318/fons.2021.6774>). Es significativa la abstracción específica de Platón en la obra de Mansfield.

² *Taming the Prince. The Ambivalence of Modern Executive Power*, The Free Press, Nueva York, 1989, p. 292. El libro está dedicado a su padre, “abogado constante de una presidencia fuerte de Franklin Roosevelt a Ronald Reagan”. Harvey C. Mansfield Sr. fue profesor de Derecho Público y Gobierno en la Universidad de Columbia y editor de la *American Political Science Review*, en la que Strauss publicaría varias reseñas y dos importantes artículos sobre Maquiavelo y Locke.

³ En 2024, Charles R. Kesler publicó en *Claremont Review of Books* —una revista de marcado sesgo conservador— una larga entrevista con Mansfield que puede servir de orientación al lector. Por comparación con otras entrevistas a filósofos ancianos (como *Pensamiento vivido* en el caso de Georg Lukács, *Los orígenes de la cultura* en el de René Girard o “*Tenían que mejorar las cosas...*” en el de Jürgen Habermas), Mansfield se muestra aquí infinitamente más comprensible en sus planteamientos y en la carrera de su vida y, de un modo más que evidente, sin sombra alguna de vanidad (<https://claremontreviewofbooks.com/the-crb-interview-with-harvey-mansfield/>).

fuerte en la tradición federalista americana —desde la *energy in the executive* de la escritura constitucional de Alexander Hamilton—, sea un republicano confeso y un votante *cum reluctantia* de Donald Trump, además de un straussiano independiente. Mansfield no fue nunca alumno de Strauss y casi podría decirse que su relación se basa en la concurrencia común por Maquiavelo: Mansfield habría dicho lo que deliberadamente Strauss no dijo respecto a la política, a diferencia de la moral y la religión, en *Thoughts on Machiavelli*. (La lectura previa de *Natural Right and History* de Strauss había puesto fin al entusiasmo juvenil de Mansfield por Max Weber.) Retirado de la docencia con 91 años, hay quien sospecha que Harvard hará todo cuanto esté en sus manos para impedir que un profesor como Mansfield vuelva a dar clase en sus aulas. Mansfield siempre ha dicho que ha amado Harvard un poco más de lo que se merece y *Where Harvard Went Wrong* es un testimonio sincero y conmovedor de ese *love affaire* con su *alma mater*, transformada desde la II Guerra Mundial en la vanguardia del liberalismo, primero, y del progresismo contemporáneo después, y enfrentada accidentalmente al Gobierno americano. El argumento de Mansfield es que la universidad no ha acabado enfrentándose al gobierno en nombre de la verdad, sino de la mera opinión de sus élites dirigentes, que habrían rehusado la diversidad de opiniones —la única que cuenta, en opinión de Mansfield—, o de una ideología en particular que la habría llevado de habitar en una “torre de marfil” a ser simplemente una “parte más de la sociedad”, como propuso la rectora Claudine Gay; a ningún gobierno, por supuesto, le corresponde hablar en nombre de la verdad, con lo que el conflicto se reduce a una colisión casi medieval de dos autoridades de distinto signo que pugnan por establecer la ley, siguiendo a Hobbes (*auctoritas non veritas fecit legem*, *Leviatán*, cap. 26), pero, en el caso de Harvard, olvidándose tal vez de su propio lema, *Veritas*. (Cabría preguntarse si el Gobierno de los Estados Unidos ha sido fiel a los suyos: *E pluribus unum* o *In God We Trust*.) Adversario firme de lo que hemos conocido como *woke*, de las políticas de discriminación positiva, del feminismo y del antisemitismo o de la inflación en las calificaciones, de la confusión entre el *freedom of speech* y el *freedom of expression* —que se retrotrae al menos hasta la primera de las cuatro libertades de Roosevelt, pero que hunde sus raíces en la diferencia entre la necesidad logográfica y la *libertas philosophandi* y que tan difícil es de esclarecer en una traducción al español— y partidario, casi como remedio para todo ello, de un currículum más exigente, no parece que Harvard vaya a encontrar fácilmente un antídoto contra la complacencia liberal (la frase es de su colega Michael Sandel) como el que Mansfield ha ofrecido en vano durante décadas. En 2006, con su libro *Manliness*, Mansfield fue objeto de “cancelación” en varias ocasiones y sus declaraciones sobre la homosexualidad y la identidad de género le han granjeado durísimas respuestas por parte de las minorías sexuales.⁴ Es curioso, en cualquier caso, que se le reproche a Mansfield que sea

⁴ No hay, hasta donde sé, ninguna relación entre *Manliness* y *Maschilità* de Giovanni Papini, publicado originalmente en 1915 y al que el autor añadiría en ediciones posteriores una serie de *Eresie pedagogiche*. El libro apareció en la colección de *La Voce* que Papini había fundado y dirigía junto con Giuseppe Prezzolini, que en 1927 —poco antes de ser nombrado profesor en la Universidad de Columbia— publicaría una *Vita di Niccolò Machiavelli fiorentino*. Otro biógrafo de Maquiavelo, Roberto Ridolfi, remite a Papini como inspirador de su obra. Su *Vita de Niccolò Machiavelli* (Angelo Belardetti, Roma, 1954) fue traducida al inglés en 1963 por Cecil Grayson en la Universidad de Chicago, donde Strauss publicaría sus *Thoughts on Machiavelli*. “Long study and great affection, and the devilish goading of my friend Giovanni Papini did the rest”, escribe Ridolfi (p. vii), que defendía el cristianismo (es decir, el

simplemente un provocador académico. En su *Discurso a la facultad de Teología* en 1838, que le valdría el veto en Harvard durante treinta años, Emerson escribió: “Hablando con franqueza, no es instrucción, sino provocación, lo que puedo recibir de otra alma”. (Otro harvardiano, Stanley Cavell, fijaría esa frase en el dintel de la puerta de su obra.)

En uno de los capítulos más densos y sobrios de su “comentario caído en oídos sordos”, Mansfield explica que el currículum de los estudiantes de Harvard debería incluir el motivo fundamental de una “modernidad” que describe ya en los términos que desarrollará en *The Rise and Fall of Rational Control*:

La modernidad podría definirse rápidamente como la noción del control racional de la vida humana por los seres humanos en lugar de aceptar piadosamente el gobierno de Dios o filosóficamente el de la naturaleza. Es una creación del Oeste y ha demostrado ser tan poderosa que todas las demás culturas han tenido que aceptarla o ajustarse a ella o, como los islamistas radicales, han tratado de oponerse. Nadie puede no tenerla en consideración. Sin embargo, la modernidad no es feliz consigo misma, como vemos en muchos movimientos actuales a derecha e izquierda. Nadie puede aceptarla simplemente como un bien incontrovertible. La modernidad es la condición fundamental de nuestra vida actual y nuestros estudiantes han de ser conscientes de su promesa y de sus dificultades (*Where Harvard Went Wrong*, p. 82).

A los oídos sordos pueden guiarlos los ojos abiertos. Para quien los tenga, y vea con ellos, el “comentario” de Mansfield —que sigue un género literario por sí mismo con sus propias reglas y dotado, desde el punto de vista straussiano, de una relativa inmunidad— ha de resultarle revelador (o provocador) y, en general, estas “herejías pedagógicas” podrían traducirse allí donde el movimiento *woke* haya llegado justo cuando empieza a detenerse en Harvard, igual que Maquiavelo se opuso a la instrucción eclesiástica justo cuando empezaba a languidecer y necesitaba una reforma o una transformación radical. (Que el movimiento *woke* acabe despertándose sencillamente como socialismo o comunismo solo puede sorprender a los insomnes.) En varios lugares, Mansfield ha declarado que Trump se apoya en una amplia base de resentimiento popular y que su propensión a no ocultar el poder —a manifestarlo directamente, es decir, demagógica o tiránicamente, en lugar de ejercerlo de una manera indirecta o representativa, es decir, constitucional—, una propensión, por lo demás, ligada indefectiblemente a su vulgaridad como persona, a su grosera masculinidad y a su falta de educación (a fin de cuentas, ¡no ha pasado por Harvard!), se alimenta de la debilidad de sus votantes, excluidos, incluso imaginariamente, de las políticas progresistas de comunidad e inclusión. Como en el cuento árabe —que habría hecho las delicias de Maquiavelo si hubiera podido leerlo—, la única manera de devolver al *efrit* a su olla parece ser la de recordarle su fantástica grandeza.

Es característico de la independencia straussiana de Mansfield que no tenga que recurrir, además de al arte de leer, a un arte de escribir: su “comentario” a la autoridad de Harvard no difiere en cuanto a claridad de su exposición como historiador. Mansfield no practica en modo alguno la escritura reticente. *The Rise and Fall of Rational Control*,

“afeminamiento”) de Maquiavelo, a diferencia de Strauss (véase *Thoughts on Machiavelli*, The University of Chicago Press, 1978², p. 201). *Virtù* es una cualidad masculina para Maquiavelo que se opone a la femenina *Fortuna*.

editado por la editorial de la Universidad de Harvard, es una prueba de que la propia institución no está tan dispuesta como podría parecer a prescindir de las enseñanzas de Mansfield. El volumen resume en trescientas y pico páginas más de cincuenta años de docencia y casi quinientos años de doctrina sobre el poder ejecutivo y el control racional, desde la publicación póstuma de las obras de Maquiavelo a mediados del siglo XVI hasta la proclamación nietzscheana de la muerte de Dios, y lo hace con una sencillez engañosa para quienes han perdido el hábito de la lectura de los grandes libros. Mansfield sigue el ejemplo de la *History of Political Philosophy* y no remite a la literatura secundaria sobre los ocho filósofos escogidos —Maquiavelo, Hobbes, Locke, Rousseau, Kant, Hegel, Marx y Nietzsche—, sin descuidar por ello el contexto histórico ni la historia conceptual de cada uno de los términos que utiliza y sin ninguna pretensión, por otra parte, de originalidad o innovación. Mansfield destaca la prioridad de la ciencia política respecto a cualquier otra ciencia en el establecimiento del control racional, situando a Maquiavelo no solo al frente del pensamiento político moderno sino del pensamiento moderno mismo. Esa prioridad no se basaba en una busca de la verdad, sino de la *verità effettuale della cosa* a la que alude Maquiavelo en el capítulo 15 de *El príncipe*. No habiendo tratado de ser original ni innovador a la hora de escoger a los autores, Mansfield no ha escrito tampoco un manual en el que el lector —como antes el estudiante en las clases— quede limitado a encontrar los lugares comunes del pensamiento. Casi en cada página hay una muestra de una lectura idiosincrásica de los libros que se vuelve casi inmediatamente transitiva, como en la descripción del gobierno como conspiración (pp. 8, 41) o en la elucidación de los “nuevos modos y órdenes” (p. 33) y de la representación (p. 70), en la ilustración de la escritura esotérica de Locke y la edificación liberal de Kant (p. 181) o a propósito de la transformación de la naturaleza humana en Rousseau y Marx y la dificultad para la “producción de la conciencia” (p. 249), en una serie de ejemplos no del todo arbitraria. En el acmé del control racional en Hegel, el ser humano estaría a cargo de la naturaleza y de la historia con la irónica condición de que no hubiera logrado nada sin ir más lejos de lo que se proponía (p. 226).

J. G. A. Pocock escribió a propósito del Maquiavelo de Mansfield que el filósofo puede criticar la historia, pero está condenado a reescribirla como mito. En muchos aspectos, el “control racional” se asemeja, en efecto, a un mito. Es inevitable entonces, como le ocurre a los lectores de Gibbon —y Pocock es el príncipe de los lectores de Gibbon—, sobre cuya falsilla ha reescrito Mansfield el título de su libro, que nos interese más lo que ocurre después de la “caída” —la apertura por antonomasia al mundo en el que vivimos— que durante el “auge” del control racional. ¿Qué es lo que Mansfield “sugiere” —ese es el verbo que emplea en el *Envoi*— cuando habla de una reelaboración del liberalismo que sirva para rescatar el control racional moderno de las poderosas críticas a las que Marx y Nietzsche lo han sometido? Mansfield asume en cierto modo, al privilegiar a Marx y Nietzsche en el final de su libro, que los lectores y estudiantes conocen más, aunque no necesariamente mejor ni eso suponga un conocimiento superior, en la medida en que no son superiores, a Marx y a Nietzsche que a los otros pensadores; tal vez sean incluso mitógrafos menos experimentados. La “autoridad”, no la verdad, sigue siendo para él la de Maquiavelo, que fue un “instructor en fraude”, el análogo al *teacher of evil* straussiano: autoridad, fraude y mal son casi siempre términos míticos o anómicos, o sencillamente indicadores de impostura e ilegitimidad, a

diferencia de lo que ocurre con los trascendentales de la belleza, la verdad, la justicia o el bien. Al inicio de *Taming the Prince* Mansfield recordaba la primera página de *Decline and Fall* de Gibbon donde el historiador describe la apariencia de soberanía del Senado, que “devolvía a los emperadores todos los poderes ejecutivos del gobierno”.

La respuesta de Mansfield es que el estudiante y el lector han de seguir leyendo y remite así a otros tres textos, dos de ellos grandes libros por sí mismos y el tercero, por comparación, un breve documento político no menos efectivo: *La democracia en América* de Tocqueville, la *Ética* de Aristóteles y la Constitución de los Estados Unidos. Hay en esta respuesta —la respuesta de un viejo profesor que siempre da algo más que leer— un comentario adicional dirigido a quienes aún dudan de si un currículum más exigente no será el remedio, tal vez el único disponible en nuestros días y desde luego el menos violento que pueda concebirse, para los males que aquejan a los ciudadanos de una democracia constitucional que, habiendo pasado por una educación general obligatoria y no queriendo gobernar ellos mismos, porque son liberales y prefieren con cierta sensatez un gobierno indirecto y representativo, un gobierno fuerte en lugar de débil y limitado en el tiempo, no están dispuestos, sin embargo, a permitir la “libre expresión” de ninguna voluntad de poder porque, siendo efectivamente liberales, han aprendido a escuchar y participar —también leyendo— en cualquier *free speech*.